

APROXIMACIONES A UNA REFLEXIÓN SOBRE EL HABITAR LA CIUDAD DE
BOGOTÁ A PARTIR DE LA CONSTRUCCIÓN DE RELATOS ETNOLITERARIOS
REGISTRADOS EN UN DIARIO

JOHN RODRÍGUEZ SAAVEDRA
Estudiante Cohorte XIII

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
MAESTRÍA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2018

APROXIMACIONES A UNA REFLEXIÓN SOBRE EL HABITAR LA CIUDAD DE
BOGOTÁ A PARTIR DE LA CONSTRUCCIÓN DE RELATOS ETNOLITERARIOS
REGISTRADOS EN UN DIARIO

JOHN RODRÍGUEZ SAAVEDRA

Trabajo de Grado entregado al Comité Curricular y de Investigaciones de la
Maestría en Etnoliteratura, como requisito parcial para optar al título de Magíster
en Etnoliteratura.

Asesor: Doctor JAVIER RODRÍGUEZ ROSALES.

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
MAESTRÍA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2018

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de su autor”.

Artículo 1 del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966 emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

JURADO

JURADO

JURADO

ASESOR

SAN JUAN DE PASTO, NOVIEMBRE DE 2018

AGRADECIMIENTOS

A los doctores Javier Rodrizales, Jhon Benavides, Osvaldo Granda y Roberto Gustín, luces en la caverna de la vida y a quienes me hicieron un campito en sus barcos para emprender siempre maravillosos viajes inciertos en Bogotá, la ciudad más maravillosa del mundo.

DEDICATORIA

A Samuel, mi hijo, mi luz, mi calle siempre, mi vida, mi ciudad y mi todo. A Sofonías, Elizabeth, Eliana, Mario, Erney, Gabriel y Violeta, sin quienes ni siquiera respirar sería posible.

RESUMEN

El presente proyecto de grado para optar al título de Magíster en Etnoliteratura, de la Universidad de Nariño, titulado “Aproximaciones a una reflexión sobre el habitar la ciudad de Bogotá a partir de la construcción de relatos etnoliterarios”, pretende indagar las posibilidades del habitar en la ciudad de Bogotá desde la experiencia vital de vivir por cerca de más de quince años en la capital colombiana. El proyecto nace de la necesidad de re-pensar las condiciones de habitabilidad del sujeto contemporáneo en una ciudad cosmopolita como Bogotá en un contexto de transformaciones de índole político, social y cultural que determinan las experiencias vitales de quien allí se ha domiciliado.

PALABRAS CLAVE: habitar, etnoliteratura, relatos.

ABSTRACT

The present project of degree to opt for the title of Master in Ethnoliterature, of the University of Nariño, entitled "Approaches to a reflection on inhabiting the city of Bogotá from the construction of ethnoliterary stories", aims to investigate the possibilities of living in the city of Bogotá from the vital experience of living for more than fifteen years in the Colombian capital. The project arises from the need to re-think the conditions of habitability of the contemporary subject in a cosmopolitan city like Bogotá in a context of political, social and cultural transformations that determine the life experiences of the person who has settled there.

KEYWORDS: live, ethnoliterature, stories.

TABLA DE CONTENIDO

PÁG.

DATOS POSTALES	8
MALETAS Y VENTANAS.....	10
HABITAR	16
ENTRE ARISTÓTELES Y CARLOS MARIO YORY	19
CEMENTARIO: UNA FORMA DE HABITAR LA CIUDAD DE BOGOTÁ.....	21
OTROS ATREVIMIENTOS	22
EL CAMINO	27
DIARIOS.....	34
POSTSCRIPTUM	64
BIBLIOGRAFÍA.....	65

DATOS POSTALES

Aproximaciones a una reflexión sobre el habitar la ciudad de Bogotá a partir de la construcción de relatos etnoliterarios registrados en un Diario, pretende indagar las posibilidades del habitar en la ciudad de Bogotá desde la experiencia vital de vivir en la capital colombiana. El proyecto nace de la necesidad de re-pensar las condiciones de habitabilidad del sujeto contemporáneo en una ciudad cosmopolita como Bogotá en un contexto de transformaciones de índole político, social y cultural que determinan las experiencias vitales de quien allí se ha domiciliado.

Es importante mencionar en este apartado que la Maestría en Etnoliteratura de la Universidad de Nariño, abre las posibilidades y genera las condiciones desde sus planteamientos teóricos y metodológicos para desarrollar este tipo de trabajos que, de otra manera y desde otras vertientes de pensamiento, resultarían, cuando menos, difíciles. La línea de investigación en la que se enmarcará el trabajo es Narrativas Latinoamericanas y Etnoliteratura. La metodología que se utilizará es el método simbólico-semiótico para la re-creación de una realidad urbana propuesta por Silvia López Rodríguez. En aproximadamente dos años se ha dado el desarrollo del presente proyecto, tiempo en el que se han hecho los recorridos por la ciudad de Bogotá para generar el producto resultado del trabajo de indagación. Finalmente, a partir de este proyecto, se propondrá la compilación de los relatos etnoliterarios que han hecho parte de este proceso.

Este trabajo hace parte de la línea de investigación Narrativas Latinoamericanas y Etnoliteratura, por cuanto el objeto de estudio es el sujeto a partir de su experiencia vivencial dentro de la ciudad que arrojará como resultado un producto de relatos etnoliterarios. Además, como está estipulado en la definición de la línea de investigación, una de sus tareas es "...perseguir las modalidades narrativas, poéticas y ensayísticas que demuestran cómo la Literatura Latinoamericana, traspasando los límites de la nostalgia indigenista, se aproxima a la dimensión cultural aborígen hasta atravesar territorios epistemológicos que no son reservados al análisis de antropólogos y etnólogos, sino además cómo la investigación que atañe a estas disciplinas enriquece la fusión de géneros transformando su instrumentación mediante una praxis literaria entendida como ejercicio de escritura en tensión `gramofónica´ entre la impresión sonora y la tipográfica, oralidad y grafía, letra somática y libros" (Universidad de Nariño, 2108).

Para LO anterior, he dividido el trabajo en tres partes. Por un lado, planteo unos antecedentes sobre el habitar que se han indagado desde la concepción arquitectónica para después enfocarme en el sentido antropológico. Seguidamente, propongo el sustento desde el que se hará la reflexión sobre el habitar la ciudad de Bogotá a partir del neologismo Cementario. Después, muestro el camino recorrido para llegar a los hallazgos, luego las construcciones de los relatos etnoliterarios que he venido registrando en mis diarios personales enmarcando esta producción literaria en el concepto de lo etnoliterario teniendo como base los fundamentos estipulados en el marco teórico de la Maestría en Etnoliteratura de la Universidad de Nariño, y finalmente doy a conocer las conclusiones en el apartado Postscriptum.

MALETAS Y VENTANAS

“Bergson es magnífico, por supuesto,
pero Proust el bergsoniano lo es aún más
cuando cuenta de manera novelesca
el tiempo perdido y después recobrado
antes que disecarlo a la manera de un filósofo institucional.

Nunca la filosofía es tan grande
como cuando quien la practica
no es un profesional de la disciplina”.

Michel Onfray
Cosmos, una ontología materialista

“La ciudad no es apenas el ladrillo y la piedra,
los templos y las fábricas,
los mercados y los hospitales, los cuarteles y las cárceles,
las escuelas y los centros de recreación,
las bibliotecas y los arrabales.
La ciudad es un orden mental y un orden sensorial,
es una memoria de un sueño,
un gran diálogo con el mundo y un gran juego colectivo”.

William Ospina

Las ciudades siempre me llamaron la atención, y no de forma menor, ya que por razones, unas veces evidentes y otras desconocidas, reconocía que a algunas no podía habitarlas. La clave estaba en intentar comprender, aunque sea una tarea imposible, eso: el habitar. Vale aclarar que nací en Sandoná, un pueblo del departamento de Nariño al sur de Colombia, que gran parte de la infancia la pasé en la zona rural cerca al volcán Galeras y que en mis recorridos por algunas ciudades de Colombia y de Latinoamérica, tuve que adaptarme a reglas y posibilidades distintas, a *modus vivendi* a los que no estaba acostumbrado. Particularmente recuerdo una visita a la ciudad de

Barranquilla, por ejemplo, y puedo decir que hubo un detalle que me impedía esa posibilidad de habitar esa ciudad: el clima. Pero más allá de eso, ya no desde los rasgos físicos identificables, incluyendo la arquitectura, hubo también una barrera que emergió desde otra esfera y que me impidió reconocirme habitándola.

No sé exactamente qué era eso, pero así mismo, sabía que estaba, y que era fuerte y que no logré deshacerme de aquello o de esquivarlo, al menos, para acomodar mi cuerpo, mi sentir y mi pensamiento, en fin, mi existencia, a ese espacio. Pero lo que me pasó con Barranquilla, no me pasa con Bogotá. En la capital colombiana yo sí he podido generar un acercamiento con las calles, las formas y las dinámicas de vida, con sus rasgos físicos y poéticos que me permiten decir que la he habitado. Por esa razón, Bogotá para mí es un mundo habitable y no uno difícil de habitar como Barranquilla. Y uno de los detalles importante para decir con propiedad que he habitado a Bogotá es que he podido *escribirla*, es decir, construirla también desde taxonomías. Pero no sólo eso. También el lugar de enunciación relacionado con la conducta, con el comportamiento. Así, aunque ha habido ciudades a las que he podido escribir, la conducta y el comportamiento se han encargado de impedir que las habite. A Bogotá he podido escribirla como ciudad, nombrarla desde una conducta y un comportamiento que tienen que ver con un reconocimiento del ser y del existir acomodado al contexto. De esa manera, a la par de la ciudad, pude construir también mi historia incrustada en su conjunto. Así, poco a poco he ido armando un Diario en donde he registrado mis experiencias vitales y de habitabilidad del día a día en la capital colombiana.

La subjetividad es una parte fundamental de la construcción de narrativas escritas. Y ejemplos hay muchos. Por nombrar sólo uno, quiero mencionar el de Mario Levrero, el escritor uruguayo. En el libro *Irrupciones*, publicado por Criatura Editora de Montevideo en 2013 y en el que se recogen textos que aparecieron entre 1996 y 2000 en la sección de cultura de la revista *Posdata*, Felipe Polleri (Levrero, 2013), autor del prólogo, nos dice: "...es Mario Levrero con su voz inconfundible haciéndonos participar de su vida cotidiana" (p.17). Polleri quiere poner un acento en la capacidad de Levrero para llevarnos a su lugar de enunciación, a esa subjetividad desde la que construye sus narrativas en las que no es raro encontrar reflexiones tan particulares como la relación entre las cajas de fósforos y el fin del mundo.

Y el planteamiento que estoy haciendo para el proyecto de tesis de la Maestría en Etnoliteratura, tiene mucho que ver con eso: quizás a Levrero, el poder escribir y construir a Montevideo desde su subjetividad, atado indefectiblemente a un reconocimiento de la existencia, le permitió habitar esa ciudad, así como a mí me permite hacerlo con Bogotá constantemente desde la escritura subjetiva, los dos casos, además, desde una especie de parrhesía.

Como lo menciona Reinaldo Giraldo Ortiz (Aprende en línea Universidad de Antioquia, 2011) en su trabajo *Modernidad y parrhesía, Michel Foucault y la cuestión de la resistencia como éthos*, "La parrhesía es una noción fundamentalmente política que tiene que ver con el principio de la existencia como obra a modelar en toda su perfección posible, con jugarse la existencia en la verdad que uno dice y piensa. Al pensador francés no le interesa el análisis de la purificación para la verdad, sino el estudio de la voluntad de verdad bajo sus diferentes formas: la del combate, la del coraje, la de la resolución, la de la resistencia. Y encuentra en la parrhesía socrática, la del Laques, que el modo de vida es el correlato fundamental de la práctica del decir

veraz, que la parrhesía tiene que ver con la manera como se vive, con dar cuentas de sí mismo, con el estilo de vida, con la manera de vivir, con la forma misma que le damos a la vida”.

La experiencia en Barranquilla, en mi caso, se dio a partir del encuentro con una ciudad que considero atractiva, pero que no por eso incluye también misterios que no me dejan acomodarme a ella. El apartamento 402 C del conjunto residencial Aventura en el barrio Altos del Limón en donde estaba hospedado, era muy cómodo: tres habitaciones, sala, comedor, una cocina y un baño de baldosines azules que contagiaban una tranquilidad grande, pero el habitar no tiene que ver sólo con la comodidad. Algunas veces, cuando uno visita una ciudad por primera vez, justamente por la expectativa que genera el desconocimiento, la encuentra atractiva y halla que las sorpresas están a la orden del día y en cada calle o en cada esquina uno nota algo nuevo. Pero dentro de todo ese proceso, poco a poco uno va identificando detalles que ejercen un efecto contrario y que, sin llegar a hacernos odiar la ciudad, nos hunden en una sensación de desesperación, de incomodidad, de fastidio y es ahí en donde la conducta y el comportamiento, es decir el reconocimiento de la existencia, juegan un papel importante.

Cuando viajé de Sandoná, a Bogotá en 1994, la imagen que tenía de la capital colombiana, era monstruosa. Los referentes que tenía de la ciudad, sobre todo por parte de amigos o conocidos que ya vivían allí, me la proponían así. Ellos la *narraban* de esa manera, y a partir de esas narraciones, fui construyendo mi imagen sobre esa Bogotá de finales del siglo XX.

Bogotá era (y es así todavía para muchos hoy en día), el centro del mundo colombiano, la ciudad a la que había que ir para poder soñar, para poder progresar, para salir adelante. Por esos años, tuve la experiencia de vivir en Armenia (Quindío), si es que se le puede llamar vivir a estar encerrado en un Batallón del Ejército colombiano.

La primera idea de ciudad que yo construí, sin contar con Pasto a la que nunca pude ver en esas fechas como una ciudad, empezó con Armenia. Pero Armenia era una ciudad pequeña, no sólo en extensión, sino también como posibilidad de la mirada, algo así como una maqueta de estudiante de Arquitectura trabajada con torpeza y que alcanza en una mesa de noche. Y esa imposibilidad de la mirada, no sólo me reducía el campo de visión, sino también la vivencia, la conciencia de la existencia.

En ese sentido, lo que yo construí como idea de ciudad a partir de Armenia, seguía siendo lo más parecido a una foto, a una imagen plana, distanciada, pobre de acontecimientos. Y el imaginario individual, personal, que no puede construirse sino a través de esa concienciación de la existencia, no se pudo concretar.

La idea de ciudad que yo construí desde Armenia, dadas las condiciones de encierro en que me encontraba mientras prestaba el servicio militar, al imposibilitarme la experiencia vivencial de los acontecimientos del día a día, se quedaba en eso, en una idea, incluso en una imagen, pero no se reflejaba como imaginario, es decir, cambiaba el puro acontecimiento vivencial voluntario por el puro acontecimiento vivencial obligatorio, limitado.

Y todo eso cambió cuando llegué a Bogotá. Las condiciones eran diferentes: ya podía moverme libremente (desde lo que alcanzaría hablar de libertad en una ciudad con

convenciones, trazados y rutas impuestas por su organización espacial), ya podía recorrerla desde otras motivaciones y otros impulsos.

De esta manera, Bogotá ya no era para mí una idea de ciudad, ni una imagen solamente, sino una realidad, una experiencia, que no coincidía con esas narraciones que me habían hecho quienes ya vivían en la ciudad y que la mostraban desde sus puntos de vista. Y aquí quiero decir algo que me parece importante: desde mi criterio, los imaginarios no solamente se construyen a partir de consensos entre grupos sociales, sino también desde las subjetividades, y son esas construcciones simbólicas subjetivas justamente las que, contrario a quitarle validez a los imaginarios sociales, los alimentan, los amplían, los diversifican.

Todas las categorías abstractas y complejas que funcionan como sustratos de los imaginarios sociales tales como el amor, la muerte, las pasiones, la patria, el hombre, la sociedad o el mundo, como lo menciona Manuel Antonio Baeza en *El concepto de imaginarios sociales* (Baeza), empezaban a tener sentido siempre y a salirse de la abstracción para volverse experiencia personal, subjetiva.

Lo que quiero decir es que, solamente cuando llegué a Bogotá y empecé a experimentar el amor, las pasiones, y a disertar desde esa condición otros conceptos como la patria, el hombre, la sociedad y el mundo, entre otros, puede construir imaginarios sobre esos asuntos porque, como dice Jacques Rancière (Rancière): “El problema no es oponer la realidad a sus apariencias. Es construir otras realidades, otras formas de sentido común, es decir, otros dispositivos espacio-temporales, otras comunidades de las palabras y las cosas, de las formas y de las significaciones”.

Con todo, y en aras de que pueda entenderse un poco mejor mi planteamiento, quiero proponer un ejemplo: digamos que el amor, ese abstracto que sustenta tantos imaginarios sociales, se concreta como imaginario personal para mí en Bogotá a través de la experiencia y que desde esa experiencia yo construyo una realidad a partir del dispositivo de la escritura (desde un relato, por ejemplo), y lo relaciono desde el espacio y desde el tiempo, para seguir con la idea de Rancière.

Y vuelvo a traer a Manuel Antonio Baeza (Baeza) cuando marca que: “En síntesis, en términos individuales yo construyo realidad a partir, finalmente, de lo que es mi propia ecuación personal, es decir a partir de todo un tramado de creencias, experiencia existencial conservada en la memoria, factores psíquicos, más lo que en sentido estricto sería la razón. En definitiva, no tenemos sino nuestra subjetividad para acercarnos y hacer inteligibles muchas realidades de nuestro entorno...”.

Así las cosas, pienso que la construcción de los imaginarios sociales desde la subjetividad, más que una posibilidad, es una necesidad para ofrecer un abanico de propuestas de lecturas del entorno y de la construcción de mundos posibles.

HABITAR

El habitar es un concepto que ha sido indagado y revisado desde tiempos inmemoriales por distintos autores y desde diferentes disciplinas, pero dadas las características actuales surge la necesidad de revisarlo también en nuestros contextos latinoamericanos para reflexionar acerca de las posibilidades y formas de habitar en nuestras ciudades.

En mi propuesta, esa motivación que lleva a la certeza de declararse habitando un espacio desde donde las palabras puedan existir, y de paso existirme, no está en el pasado, sino en el presente y desde una ubicación espacio temporal, o desde un cronotopo, hablando con Bajtin.

Ese tránsito mío de una cultura a otra, de pasar de lo rural a lo urbano, de Sandoná a Bogotá, implicó la pérdida de algunos rasgos de mi cultura precedente y dio paso, si no exactamente a la creación de nuevos fenómenos culturales, por lo menos sí a una adaptación a esos nuevos escenarios, a esas nuevas normas propias de la ciudad que condicionan las experiencias vitales.

Así, aunque lo mío no sea un proceso exacto de transculturación, ese tránsito de una cultura a otra ha alcanzado a modificar las formas de ver el mundo, de construir sentidos y de definir lugares de enunciación. Por eso, mi escritura, es decir, mi pensamiento y mi existencia, es resultado de la herencia del pensamiento occidental que me ha dado un lenguaje y una voz para poder construir y construirme. Y con ese lenguaje, aunque parezca increíble, no he podido nunca escribir algo sobre Sandoná, o Pasto, o Nariño, entre otros lugares, y sí sobre Bogotá.

Lo que le funcionó a Arguedas para salir del abismo en mayo de 1944 cuando le hizo crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia que lo tuvo neutralizado para escribir, no funciona en mí. Y no funciona en mí justamente porque esa identificación no me ha sido posible. En Arguedas (Arguedas, 1971), el encuentro con aquella zamba gorda, joven y prostituta le devolvió lo que según él los médicos llaman “tono de vida” no sólo lo sacó de ese estado de neutralización relacionado con el ejercicio de la

escritura, sino que le sirvió para recuperar el vínculo con las cosas, como lo dice en la página 11 de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* en la edición de Losada.

Así las cosas, al construir esos relatos etnoliterarios, se cumple con las características del arte de contar latinoamericano. Pero no sólo hay que tener en cuenta lo anterior, sino también las concepciones de los relatos que planteó el filósofo francés Jean François Lyotard en *La posmodernidad explicada a los niños*, su libro de 1986, más exactamente en el texto *Misiva contra la historia universal* y que referencia el argentino José Pablo Feinman (Feinman, 2013). Según Feinman, Lyotard habla de la muerte de los grandes relatos y del nacimiento o de la visibilidad de los pequeños relatos, e incluso de los no relatos. Para él, esos grandes relatos son los que se han impuesto en la civilización occidental y se caracterizan por prometer espacios de plenitud en los cuales ya no hay padecimientos a partir de una visión teleológica de la historia.

Así, en el relato cristiano Dios manda a su hijo a sufrir y a morir por la redención de los hombres. Esa muerte genera la promesa divina de que todos los hombres se encontrarán en el reino de los cielos y que habrá un espacio de plenitud. Este relato legitima la fe en Dios. En el relato marxista, la burguesía liquida al feudalismo. De la burguesía surge el proletariado y el proletariado derrota a la burguesía y establece el estado de la plenitud. Este relato legitima la revolución del proletariado. En el relato iluminista se pontifica el surgimiento de la divinidad de la razón. Y esa razón va a llevar a los hombres a un mundo de profunda racionalidad. Es el triunfo de la racionalidad capitalista. Este relato legitima la razón. Y por último, en el relato capitalista se propone un avance incontenible de la economía que implica una prosperidad para todos. El relato dice: “Va a haber un momento de la historia en que la prosperidad va a ser para

todos". Este relato legitima la economía capitalista: el mercado, y más exactamente, el libre mercado.

La historia, según lo anterior entonces, marcha hacia un estado de plenitud. De esto se sigue que, esa muerte de los grandes relatos implica que hay pequeños relatos y lo que postula la postmodernidad es: o el no relato (un ejemplo claro del no relato es la obra 4'33'' de John Cage que prefigura las estéticas postmodernas de los no relatos), o los pequeños relatos. Lo mío entonces, la construcción de relatos etnoliterarios en la ciudad de Bogotá, tiene que ver también con ese rechazo al lenguaje totalizante que ha imperado y con la reubicación del lenguaje en un nuevo contexto discursivo. Estos pequeños relatos que construyo, son unos relatos gestados en el proceso de búsqueda de esa ambición de habitar a Bogotá como la posibilidad concienciación de la existencia, de escribir a la ciudad, de re-construirla, de reinventarla.

ENTRE ARISTÓTELES Y CARLOS MARIO YORY

Aquí voy a referirme a los conceptos de Topos y de Lugar y para esto es pertinente traer a Carlos Mario Yory quien marca una diferenciación entre estos dos conceptos que nos permiten comprender a Bogotá, tanto como un Topos y como un Lugar y la diferencia entre un lugar habitado y un lugar ocupado. Dice Yory: "De esta suerte, Topos (en su relación con la vida humana) no puede traducirse, sin más, por lugar (en ese sentido tradicional que lo restringe al ámbito del "puesto" que las cosas ocupan "en" el espacio), ya que ni éste es "cualquier clase de lugar", ni los seres humanos ocupamos cosicamente puestos "en" el espacio, sino que, de hecho, "somos" a través de él. En el mismo sentido, tampoco puede traducirse, por espacio, puesto que si bien el concepto supone una cierta espacialidad ésta no puede entenderse en modo

alguno como una preexistencia (un aprirori) o, peor aún, como una especie de escenografía que, de una u otra forma, el Topos proporciona para que así se “en” él el drama humano. Por el contrario, consideramos que el espacio se “funda” (hablamos siempre de un espacio humano) sobre la base de la “apertura” del Topos; es decir, surge como una ocurrencia (se espacia): la propia “ocurrencia” del Topos en el acto de formar; en este sentido, si por un lado “da forma a la vasija”, por otro, él mismo no constituye su forma en cuanto tal.

Es aquí donde reconocemos ese particular “modo de ser” al que Aristóteles hace referencia; “modo” que, entendido como “ocurrencia”, o mejor, como concurrencia (la de la forma así abierta bajo la figura de una u otra espacialidad) impide una supuesta sinonimia entre Topos, lugar y espacio; pero, por otro lado, impide, también, entender tales conceptos de manera separada dado que resultan no sólo emparentados sino cosubstanciales” (TOPOFILIA C. Y., 2003).

A esa relación entre Topos, lugar y espacio, se le debe sumar también el sujeto toda vez que es él quien habita a través de ellos.

Más adelante Yory también nos dice que: “es precisamente este “carácter relacional”, propio del espacio humano, el que determina la entrada en “propiedad” de nuestro ser más propio; un ser que, sólo así; es decir, en calidad de apropiación, se muestra en su correlato eminentemente espacial. En tal medida, gracias al acto de apropiación que supone la autoafirmación de sí llevada a cabo en la espaciación, nos mostramos en lo que somos: seres espaciales y, sobre todo, espaciantes; y no porque “ocupemos” el espacio (condición propia de aquellos entes que no tienen nuestra misma forma de ser) sino porque realizamos nuestra existencia “habitando” a través de él”. (Ibid)

La autoafirmación de la que habla Yory y que según él se da a partir de un acto de apropiación, desde mi propuesta tiene que ver con la escritura y de la concienciación de la existencia en el sentido de que, una vez consciente de al menos uno de los conceptos del neologismo Cementario, ese acto de concienciación (apropiación), se escribe y se deja registrado en el Diario. La perspectiva antropológica del habitar, es decir, una visión del habitar desde el comportamiento humano determinado por el espacio y el tiempo, nos lleva a pensar en una hermenéutica del sentido, como lo menciona Néstor Casanova Berna, quien concluye que como hecho, el habitar es un vínculo, de naturaleza social y cultural entre sujetos situados y lugares articulados, es decir, que es observable en su manifestación a la vez que es interpretable en su significación (Berna, 2013).

CEMENTARIO: UNA FORMA DE HABITAR LA CIUDAD DE BOGOTÁ

Si el mito hebreo de la Biblia tiene su versión de la creación del mundo, Cementario sería para mí el paradigma fundacional de mi habitar a la ciudad de Bogotá desde la concienciación de la existencia y del lenguaje de la escritura; si la Biblia habla de los siete días en los que se creó el mundo, Cementario habla de tres instancias (Cementerio, Cemento y Semen), desde las que se constituye el habitar; si en la Biblia las tablas escritas que le entrega Dios a Moisés son la guía para mantener la memoria de los planteamientos del buen ser humano, Cementario propone concretar también las experiencias vitales como registro para la memoria.

El neologismo Cementario, que me permite ese proceso de habitabilidad en la ciudad de Bogotá desde la acción de nombrarla a partir de una concienciación de la existencia, está sustentado en tres conceptos, a saber: *Cementerio*, como ese espacio

del no tiempo, que sólo puede ser habitado por el sujeto muerto; *Cemento*, como ese material que se ha montado sobre la naturaleza y que, más que liberar, encarcela, y *Semen*, como esa parte del sujeto hombre que le permite regar su existencia, no en el sentido de cultivarla, sino de botarla, es decir, de desecharla, en otras palabras, más enmarcado en un acto masturbatorio que en uno que engendra. Pero para que ese acto de habitar se dé, es necesario que el sujeto alcance un estado de conciencia de al menos uno de los conceptos del neologismo, es decir: conciencia de la muerte (Cementerio), conciencia de un encarcelamiento por la irrupción de construcciones infraestructurales que se oponen a la naturaleza (*Cemento*), y/o conciencia de la pérdida de la existencia (*Semen*). Pero esa conciencia, además, no es voluntaria sino que llega de manera fortuita y nos envuelve, nos cobija. Desde mi propuesta, sólo así, se puede habitar, en este caso la ciudad de Bogotá. Y en esos periodos de conciencia llegada involuntariamente, es que se producen los relatos etnoliterarios que se registran en el Diario.

OTROS ATREVIMIENTOS

Dentro de los autores que han decidido generar narraciones como producto de su trabajo de investigación-creación en la Maestría en Etnoliteratura de la Universidad de Nariño, pueden mencionarse algunos, entre ellos, Miguel Oviedo con su novela *En tinta verde* y Miguel Ernesto Guaitarilla Burbano con su trabajo *Ventanas del Alma*. Pero también cabe mencionar algunos otros que, no particularmente desde la novela o desde la poesía sino a partir de la construcción de sus Diarios han dado cuenta del habitar de sus lugares, desde Ana Frank hasta Anais Nin, desde Alejandra Pizarnik

hasta Virginia Wolf, desde Franz Kafka hasta André Gidé. “Vivo la escritura como algo que se me da a veces como un dictado. Dejo que sobrevenga, no trato de inferir en ella. La respeto, porque soy yo y sin embargo es más que yo. Es personal y transpersonal, ambas”, nos dice Susan Sontag en sus Diarios de Madurez escritos entre 1964 y 1980. (Sontag, 2014).

Y aunque fue su hijo David Rieff quien editó sus Diarios, en ellos se puede notar de qué manera ella habitaba el mundo, su mundo, su cotidianidad y su lugar desde a escritura, y además algo muy importante: que no por el hecho de que los Diarios sean personales se ven abocados al anonimato y que encuentran lectores a pesar incluso de sus autores. Por otra parte, la página web Librópatas (Domínguez, 2015) en su artículo *¿Por qué escribir un Diario? Cinco escritores que te animarán a hacerlo*, nos dice que: “Escribir un diario no es para todos: hay quien lleva haciéndolo desde los 10 años, ininterrumpidamente, con verdadera devoción y quien se sienta delante de una libreta por obligación y tentado está de hacer enumeraciones de acciones y menús como cuando era pequeño. Hay quien asegura que despeja la mente y la libera de problemas, y quien piensa que escribir sobre sí mismo no hará más que aumentar los quebraderos de cabeza. Por supuesto, los hay también de trabajo, pero hoy hablaremos de los beneficios de escribir un diario personal, signifique lo que signifique eso. Porque son muchos los escritores que escribieron un diario durante toda su vida y que están convencidos de que tuvo una positiva influencia -puede que incluso fundamental- sobre su creatividad.

Uno de ellos es Anaïs Nin, escritora de diarios por excelencia, y que de hecho, pasó a la historia de la literatura por la calidad de los mismos. Ella dijo: “Fue mientras escribía un diario que descubrí cómo capturar los momentos de vida. Llevar un diario durante

toda mi vida me ayudó a descubrir algunos elementos básicos esenciales para la vitalidad de la escritura.

Cuando hablo de la relación entre mi diario y la escritura no pretendo generalizar sobre el valor de escribir un diario, ni aconsejar a nadie a hacerlo, sino simplemente extraer de este hábito ciertos descubrimientos que pueden ser fácilmente incorporados a otros tipos de escritura.

De ellos, el más importante es la naturalidad y espontaneidad. Estos elementos surgieron, he observado, desde mi libertad de selección: en el diario sólo escribía sobre lo que me interesaba realmente, lo que sentía con más fuerza en ese momento, y este fervor, este entusiasmo produjo una viveza que a menudo se marchitó en mi trabajo formal. La improvisación, la libre asociación, la obediencia al estado de ánimo, la impulsividad, las innumerables imágenes, retratos, descripciones, bocetos impresionistas, experimentos sinfónicas, a los que podía acudir en cualquier momento a por material”.

También a Virginia Woolf le gustaba escribir en su diario, y utilizaba un cuaderno diferente cada año. A su muerte, había llenado 27 tomos. Gracias a ellos, explica, encontraba “diamantes en bruto”. Así, explicaba “Me doy cuenta, sin embargo, de que lo escrito en este diario no cuenta como escritura, ya que acabo de releer el diario del pasado año y estoy muy impresionada por el galope desordenado y rápido del texto, que a veces, de hecho, da sacudidas casi intolerables sobre los adoquines. Pero si no lo hubiera escrito más rápido que la más rápida máquina de escribir, si me hubiera detenido a pensar, nunca lo habría escrito; y la ventaja del método es que propaga

accidentalmente divagaciones que habría excluido de haberme parado, pero que son diamantes en medio del basurero”.

André Gidé, otro famosos diarista que mantuvo el hábito durante 60 años seguidos, explicaba sus ventajas desde un punto de vista más personal: “Un diario es útil durante conscientes, intencionales, y dolorosas evoluciones espirituales. Entonces es cuando uno quiere saber dónde está parado ... Un diario íntimo es interesante sobre todo cuando se registra el despertar de las ideas; o el despertar de los sentidos en la pubertad; o incluso cuando uno siente que está muriendo”.

Y lo mismo ocurre con Franz Kafka, a quien el diario le ayudaba a reconciliarse consigo mismo “Una de las ventajas de llevar un diario es que uno se da cuenta con tranquilizadora claridad de los cambios que se sufren constantemente y que de manera general se admiten naturalmente, se creen, se recuerdan, pero que inconscientemente se niegan cuando se ese reconocimiento nos sirve para sentirnos más esperanzados o en paz. En el diario se encuentra la prueba de que en situaciones que hoy parecerían insoportable, uno vivió, miró a su alrededor y anotó observaciones, que su mano derecha se movió entonces como lo hace hoy en día, cuando podemos ser más sabios porque podemos mirar hacia atrás y ver cómo éramos antes, y por esa misma razón hemos de admitir la valentía de nuestro esfuerzo anterior en el que persistimos incluso en completa ignorancia”.

Por último, los beneficios que nos propone Susan Sontag parecen algo más retorcidos: “Sobre llevar un diario: Es superficial entender el diario como un simple receptáculo de los pensamientos secretos, privados de alguien- como un confidente que es sordo,

mudo y analfabeto. En el diario no sólo me expreso de manera más abierta de lo que podría ante cualquier otra persona; me creo a mí misma.

El diario es un vehículo para mi sentido de la individualidad. Me representa como emocionalmente y espiritualmente independiente. Por lo tanto (por desgracia) no se limita a constatar mi vida real, sino más bien – en muchos casos – ofrece una alternativa a la misma” (Domínguez, libropatas.com, 2015).

Por su parte, Álvaro Luque Amo en su texto El diario personal en la literatura: teoría del diario literario, nos cuenta que “En este sentido, se justifica aquí el pacto autobiográfico a pesar de que el diario parece tener una desventaja que la autobiografía no posee: está dirigido al propio autor, de tal manera que no tendría sentido la existencia de un pacto. Al publicarse, sin embargo, el pacto se revitaliza. Esto no quiere decir que el diarista escriba exclusivamente para sí mismo. Como se veía más arriba, Andrés Trapiello mantenía que el diarista, aunque inicialmente se proponga escribir para sí mismo, nunca puede renunciar a la existencia de un lector externo. El diario, por tanto, y aquí nos situaríamos con Loureiro, también se escribe para el otro, y su verdad solo tiene sentido en relación al otro. Por ello es una verdad que, más allá de ser verificable, es verdad para el que lee esos textos, y por tanto no se inscribe en los terrenos de la verdad o de la falsedad, científicas. Se inscribe en los terrenos de la literatura” (Valladolid, 2016). Así, la relación entre la construcción de los relatos etnoliterarios registrados en un Diario no se deben vincular con las concepciones de la verdad y la falsedad científicas sino con verdades literarias.

En este sentido, la pertinencia de este trabajo se sustenta en la definición que se ha dado a lo etnoliterario desde la Universidad de Nariño y que se ha publicado en el libro Ciencias Humanas y Etnoliteratura, introducción a la teoría de los imaginarios

sociales. Allí se puede leer que “...todo el entretrejo literario, en donde entran en juego las cotidianidades de los pueblos latinoamericanos, las formas simbólicas imaginarias de su vida cultural y las diferentes concepciones y categorías de la estética, el arte y la literatura, configura el espacio investigativo de la etnoliteratura” (Rosales, 2001)

Es por esto que la indagación sobre lo que significa el habitar la ciudad de Bogotá, se enfoca en el neologismo Cementario que creado desde la tres bases conceptuales de Cemento, Cementerio y Semen, permite concretar dicha reflexión.

EL CAMINO

El presente proyecto es una investigación de enfoque cualitativo basado en la percepción significativa propuesta por Silvia López Rodríguez (urbana, 2003) quien nos dice que, como experiencia originaria de la ciudad, donde se hace necesaria la presencia de tres elementos:

1º. La realidad construida: Una realidad que no es en sí, sino que depende del sujeto que la percibe, pues forma parte de su historia y actúa como lugar que envuelve y agrupa al hombre, desde donde el ciudadano pone en funcionamiento un proceso sensitivo.

2º. La sensibilidad: Actúan como vehículos y puentes entre la realidad exterior y la realidad interior del ciudadano. Es la base para el conocimiento y la creación de una ontología de la ciudad.

3º. El conocimiento: el ciudadano a través de un proceso cognitivo, recoge la información necesaria aportada por sus sentidos para elaborar imágenes, mapas mentales de la ciudad, una poética personal y subjetiva de la ciudad. En este punto el ciudadano revierte el proceso de aprehensión para traducirlo en construcción, que a través de procesos artístico-creativos plasmará de nuevo en la realidad construida.

Al percibir el sujeto la ciudad como un conjunto de estructuras significativas, la percepción se convierte en una auténtica comunicación entre habitante y ciudad. Como resultado de esta consideración aportamos dos figuras simbólicas que aparecen como actitudes del individuo-habitante de la ciudad, como alentador de rastreos, y cazador de trazas de invisibilidad que afloran a la superficie a través de mecanismos mentales que intentaremos descubrir. Podríamos decir que la percepción significativa y la construcción "mental" de la ciudad siguen las pautas de un proceso simbólico-semiótico, con la participación activa del ciudadano a través de su transmutación en dos estados diferentes o figuras simbólicas:

1º. Ciudadano-lector de la ciudad.

2º. Ciudadano-escritor de la ciudad.

Primer estado: Ciudadano-lector

El ciudadano puede encontrar a la ciudad como encuentra a una persona. La ciudad tiene una fuerza poética, una capacidad para personificar ese encuentro, en la profundidad de sus lugares, que son los lugares del hombre, contruidos por el

hombre, donde se aglutinan sus historias, quedando incrustadas entre rincones y paredes.

"En cada instante hay más de lo que la vista puede ver, más de lo que el oído puede oír, un escenario o un panorama que aguarda ser explorado" (Lynch 1974: p. 9); el ciudadano, como un lector, va leyendo en su itinerario cotidiano la escritura de la ciudad, "ve lo que está escrito" (Belpoti, 1997: p. 40); pero ver, significa percibir las diferencias y discontinuidades del espacio; ver significa distinguir lo visible y lo invisible en lo que le rodea. Su paseo trasciende los modos de lo anecdótico, para convertirse en el método, metáfora de la forma misma de la experiencia de lo real. "El paseo establece unos modos específicos de relación entre el recuerdo, la atención y la imaginación. El paseante busca el encuentro con un presente que le ofrezca su rostro, es un cazador de rostros, como de otros tantos mundos posibles, como de otras tantas posibilidades del mundo" (Morey 1999:95,101).

El que ha aprendido a leer, pasa de la imágenes de los elementos construidos y trazados en la ciudad, a las imágenes en su imaginación misma; entonces "el mundo se le manifiesta como experiencia espacial, codificada mediante las formas, el color, el valor, la dimensión, la dirección, la textura, la posición, que constituyen los subsistemas del conjunto espacio" (Belpoti 1997: 43). El lector de la ciudad, configura un lenguaje personal para descifrar lo que encuentra.

A pesar de la hegemonía de la visión y la retina en la percepción de la ciudad, cada experiencia significativa es multisensorial. "Cualidades como la materia, el espacio y la escala se miden por medio del ojo, el oído, la nariz, la piel, la lengua, el esqueleto y los músculos. Normalmente no nos damos cuenta de que un elemento inconsciente

del tacto está irremediabilmente reflejado en la visión; cuando miramos el ojo toca, e incluso antes de mirar un objeto ya lo hemos tocado" (Pallasmaa 2001: 34). Los sonidos, los olores, los sabores, los cambios de temperatura... sirven para registrar el mundo. Los olores nos hablan del lugar donde nos encontramos -el olor de una panadería cercana, o de los excrementos en los callejones...-; los sonidos nos dictan el tamaño de un espacio (la distancia que hay entre tú y el emisor) -los ladridos lejanos de un perro, la propia voz en los interiores, el ruido de los pasos sobre diferentes pavimentos...-; el tacto de las cosas te habla del material y del ambiente -la temperatura de un vidrio, la rugosidad de una pared de piedra..., el sol en la cara, la humedad al respirar... todos los sentidos se concatenan y relacionan, traspasando nuestros esquemas mentales y ofreciendo nuevas experiencias, haciendo que nuestra vivencia de la ciudad sea exclusiva e individual, pues "la percepción del mundo es la única maravilla distinta para cada uno de nosotros, y aquella de la que seguramente somos menos conscientes" (Zarraluki 2000: 143).

En 1890, Bernard Berenson sugirió que cuando se experimenta una obra artística, imaginamos un encuentro físico a través de sensaciones ideadas a las que llamó valores táctiles; la ciudad evocaría en el ciudadano esas sensaciones ideadas, haciendo que su experiencia urbana, del mundo y de él mismo, sea más intensa. La percepción genuina de la ciudad sería una percepción artística de la ciudad, y dependería de la visión periférica anticipada y transformadora de las imágenes en un compromiso corporal y espacial que impulsaría a la participación.

Segundo estado: Ciudadano-escritor

La ciudad no es capturada solamente por los sentidos, sino que se interioriza e identifica con nuestro propio cuerpo y con nuestra experiencia existencial. El habitante interioriza sus percepciones revirtiendo el proceso y proyectando sus imágenes mentales sobre la ciudad, identificándola con su propio cuerpo e identidad existencial.

El ciudadano revierte el proceso y proyecta sus imágenes mentales sobre la ciudad, realizando por tanto un acto creativo, "pues es en el trabajo creativo, donde el artista participa directamente con su experiencia existencial y corporal antes que con un planteamiento exterior lógico" (Pallasmaa 2001: 37).

La ciudad se va trazando, escribiendo, siguiendo la historia y las historias de sus habitantes, materializando las imágenes de su imaginación: personas, cosas, paisajes, situaciones... registrándolas entre sus elementos, espacios y lugares, para después evocarlas con una simple mirada del habitante.

El ciudadano-artista interioriza las percepciones-sensaciones del entorno, relacionándolas a los lugares, y estableciendo conexiones entre el medio físico y sus sentimientos y recuerdos; le da significado a esos lugares, a los rincones de la ciudad, al mundo; les da nombre (2). En su memoria realiza una especie de registro acumulando datos y ordenándolos en el mapa conceptual que realiza de la ciudad. La ciudad se convierte pues, en un fondo que actúa como soporte de las actividades y percepciones urbanas, manteniéndose como el arte, suspendido entre la certeza y la incertidumbre, la fe y la duda.

La ciudad absorbe la memoria de estas historias y las hace suyas, fabrica su propia memoria, de la que el ciudadano es partícipe y va revelando cada día siguiendo sus propias huellas, redescubriendo sus propios recuerdos, y añadiendo otros nuevos.

Pero el ciudadano, "está siempre a la caza de algo escondido o solo potencial e hipotético, y sigue sus trazas que afloran a la superficie" (Calvino 1989, citado por Calvo Montoro 1998: 92). Entre las infinitas formas de la ciudad, busca la que tiene un significado particular para él; a diferencia del ciudadano-lector, ahora el habitante realiza una búsqueda consciente de respuestas. En este sentido la ciudad invisible que rastrea es más real de lo que parece, pues aunque parezca que estas ciudades invisibles "son obra de la mente o del azar, ni la una ni el otro bastan para mantener en pie sus muros" (Calvino 1972: 58). Es entonces cuando nos damos cuenta que su materialización coincide con la respuesta a una pregunta nuestra.

Se produce pues, una común unión entre el hombre y la ciudad. El habitante encuentra el lazo umbilical que le conecta a la ciudad, el hilo que enlaza los elementos secretos de su ciudad, la norma interna, el discurso que la dirige; descubriendo el acertijo de su ciudad, que escondía un deseo o un temor: la verdadera ciudad.

Para este proyecto se utilizó el método hermenéutico que se centra en el estudio de los significados de las acciones humanas y de la vida social. El paradigma fenomenológico subyace a este enfoque y engloba propuestas que buscan obtener conocimientos a partir de la práctica al reconstruir proyectos, identificar hipótesis. Aquí, es importante la sistematización la interpretación desde todos quienes participan de una experiencia – incluido por supuesto el investigador- para develar juegos de sentido, dinámicas, que permiten reconstruir las relaciones que se dan entre los

actores, teniendo en cuenta el espacio sociocultural desde el cual cada uno de ellos interpreta y lee la práctica. La participación del sujeto que sistematiza su compromiso es el de conducir un mensaje de un sujeto a otro y de comprender o hacer comprensible el significado y fin de un texto o un contexto entre personas, permitiendo recuperar el sentido de la existencia humana (Balderrama, 2012).

Las notas de campo son los instrumentos más importantes de la investigación. Estas notas se han ido tomando a lo largo de los tránsitos por la ciudad de Bogotá a modo de bitácoras de viaje y han derivado en relatos que se han ido incluyendo en mis Diarios personales. Esas derivaciones no son otra cosa que representaciones literarias de esas notas a partir de la asociación de los textos con las tres bases conceptuales que sustentan el neologismo Cementario que es, a fin de cuentas, el que fundamenta la reflexión sobre el habitar la ciudad de Bogotá. En este sentido, el ejercicio existencial de la escritura reunida en los Diarios, obedece a un proceso enfocado en la necesidad de reflexionar sobre ese habitar la ciudad de Bogotá y se ha dado a partir del proceso de toma de notas y de su posterior construcción de las representaciones literarias.

DIARIO

La construcción de este Diario es el resultado de mi experiencia vivencial cotidiana en la ciudad de Bogotá, el cual se escribió en distintos tiempos y momentos y sólo se escogieron algunos para incluir en el presente trabajo.

AEROPUERTOS

*Marzo
Media/Noche
2016*

De un tiempo a esta parte los aeropuertos me han empezado a llamar la atención más de lo debido. No digo que me gusten, pero sí capturan mi atención un poco más que antes. Debajo del anuncio que prohíbe fumar, hay dos chicas en un puesto de atención al cliente. Una habla por teléfono mientras la otra revisa unos papeles. Al otro lado, en el servicio de carga de energía para celulares hay ocho personas, muy juntas, tan pegadas a sus teléfonos que parece que ni siquiera respiraran. Al fondo, detrás de una ventana enorme están los aviones. Los aviones y el sol. Los aviones y su sonido fastidioso y estridente. Los aviones y sus colores viejos y manchados. El ventanal que hace un momento me dejaba ver a los aviones ahora me pone en primer plano a un grupo de pasajeros que ha llegado de alguna parte, con maletas de mano o más grandes, con caras de aburridos o de sonrientes.

El viajero que deja el alma en cada trayecto parece no saber que a los destinos se llega así, sin alma, sólo con el cuerpo que es una maleta más, una caja dispuesta a capturar y acumular lo que se le atraviese.

El cuerpo de las mujeres de la aerolínea que atienden las solicitudes es muy distinto al de los viajeros. Al de los que salen y al de los que llegan. Los cuerpos de las mujeres son menos cuerpos, están ahí casi inmóviles, resignados a ocupar las sillas sin ninguna otra relación con el mundo. En cambio el de los viajeros es otra cosa: por muy quietos que estén mientras esperan el turno de su viaje, se están moviendo. Lo que pasa es que el cuerpo de los viajeros se mueve desde adentro, la sangre que anda en un eterno viaje empuja a los huesos, a la carne y a la piel, y lo destaca. Las ansias del trayecto, los nervios, la expectativa, le imprimen al cuerpo del viajero una sintomatología que se nota.

Por ejemplo, el cuerpo de la chica del equipo profesional de fútbol que está sentada frente a la tienda de Myriam Camhi. Se nota que está cansada y su cuerpo es la forma que tiene ella de decirle al mundo que está cansada. Claro, hay muchos que no lo notan, o que lo notan y no lo dicen. Pero yo que ahora me dejo vivir hasta en los aeropuertos, lo sé, lo noto y lo digo. El color azul intenso del uniforme del equipo de fútbol resalta el color trigueño de la jugadora, pero también su poderosa movilidad, su danza, casi su baile, pese a que está recostada y medio dormida en una de las sillas de la sala de espera.

Hay un señor también aquí a mi lado izquierdo que come papas fritas como loco, y tose cada tres minutos y habla por teléfono con alguien que se nota que lo extraña. Cuando a un viajero lo extraña alguien y espera con mucha emoción su regreso, el cuerpo de esa clase de viajero es muy distinta al de los demás. Porque no es lo mismo sentir que alguien lo extraña a no sentirse extrañado por nadie.

Al viajero que lo extrañan se le nota esa presencia lejana en su cuerpo y es como si fuera dos personas. Es increíble cómo algo tan aparentemente invisible como extrañar a alguien se ve en los cuerpos de los viajeros en los aeropuertos.

El señor de al lado, gracias a la elocuencia de su cuerpo, es dos: él mismo y la persona que lo extraña. De esa manera, fácilmente uno puede ver la presencia de alguien que no está presente, de alguien a quien incluso ni siquiera se conoce. Pero también hay cosas terribles en los aeropuertos como las papas fritas, las voces de los anuncios y yo y los mediodías en la sala de espera.

Las informaciones que la ciudad nos impone a diario y a todas horas sólo se pulverizan cerrando los ojos. Ni siquiera evitarlas es posible mirando hacia otra parte porque, una vez se cambia de perspectiva, aparece otra información más grande que se te pega hasta en la ropa. Los transeúntes que no lo saben (es decir, casi todos), se dejan infectar por esas informaciones y andan como esas páginas de los avisos publicitarios de los periódicos, se convierten en vallas móviles.

La chica que estaba sentada en la esquina occidental de la plazoleta del Rosario tenía en su espalda la información sobre la muerte de un importante empresario colombiano de la cerveza y su cuerpo se había convertido en un obituario.

Como lo dije antes, ella no lo sabía, pero yo lo noté fácil cuando pasé a su lado. Desde su desconocimiento estaba tranquila. Tomaba café de un vaso mediano de cartón y había dejado su bolso al lado de su pie derecho. El problema de saber algo que los demás no, es que a veces no se tiene idea de qué hacer con eso. Y yo no supe qué hacer. Con todo, no pude dejar de imaginarme que en su bolso de color violeta, la chica tenía el cadáver del empresario de la cerveza, y algo más: que lo había cargado todo el día sin pudor y sin alarmarse.

Cuando descubrí que cerrando los ojos podía evadir las informaciones, los cerré. Repito: así, las informaciones se pulverizan. Y las que estaban en mi radio de caminata esa tarde se pulverizaron. Pero no todo es tan amable en ciudades como esta. Así, cuando después de un momento volví a abrir los ojos, miré hacia el suelo y las informaciones como polvo se habían hecho barro al juntarse con el agua de la lluvia que acababa de pasar. Entonces quise caminar, pero no pude. El barro no me permitía dar un paso. A cada intento de avanzar, me resbalaba y tenía que volver a quedarme quieto para no caer al asfalto.

Por eso tuve que quedarme tres horas ahí, quieto, mirando pasar lo que pasaba. Eso sí, de vez en cuando miraba a la chica, volvía a cerrar los ojos y los abría con la esperanza de que el barro se hubiera secado para poder salir de ahí e irme a casa.

LA CIUDAD MONSTRUO

Agosto
Inicio de Noche
2016

No hay remedio. Hay que seguir exponiendo la presencia, la existencia tejida, apegada al amor lejano, a las calles, a los ruidos y a las soledades. Aquí las tapas de las alcantarillas merodean simultáneas al viento frío que choca duro con las personas y les remueve la carne y las cabezas. Pero hay que seguir, caminar, doblar la 16 hacia arriba o hacia abajo con el corazón bien puesto, sacudido el polvo, limpiecito. Así, aunque nada sea cómodo, se libra menos cruelmente la batalla diaria.

El Galeras, única presencia del paisaje realmente importante de este pedazo del mundo, no se ve a estas horas. Las nubes lo han cubierto completamente y la ciudad se queda en esqueleto, en vísceras disecadas olorosas a podrido. Quizás ninguna ciudad esté a la altura de un volcán, incluida Pompeya, y por eso Pasto no alcanza a ser ni siquiera una sombra del Galeras y se pierde en ella misma, con personas, autos y tiendas incluidas.

Pero lo peor ahora es la Navidad en casi todas las ventanas, los arbolitos ficticios, las series de bombillas pequeñas con sus alumbrados pobres e intermitentes que amanecen tranquilas, como si nada, como si esto existiera, como si fuera importante.

DOMINGO

*Junio
Tarde/Tarde
2016*

La 7 de Beethoven. Ni un violín más ni uno menos. Y el rojo del cielo, una nube de sangre con tres nubecitas pequeñas al lado, como las dolientes de un muerto joven. La esquina de la calle 100 con avenida Suba es así de patológica cuando la tarde bogotana está por terminar. El chico de camisa a cuadros y zapatillas de atleta se agrega él mismo al paisaje, y en vez de cortarle la melancolía, le suma tres.

Y entre todo y como si ya no fuera suficiente, en la crueldad del Spotify de los domingos, la 7 de Beethoven, saliéndoseme de las orejas y de los audífonos para regarse como gasolina en el asfalto. Pero además, en esas circunstancias, siempre hay alguien que anda en modo fósforo y se enciende por cualquier cosa y arma la quema y pone allí un infierno grande.

El fósforo de esta tarde fue la chica que se tomó un café expreso en el Oma del segundo piso de Iserra 100 y bajó por las escaleras eléctricas y salió con su tristeza y con su suerte y se sentó a fumar en una banquita al lado de esas letras horribles de Te amo Bogotá que infructuosamente quieren imitar a la madera. Con sólo mirar con angustia la calle y dar veintidós pasos ella ya era el fósforo, el fuego, y no lo que salió del encendedor zipo que sacó de su chaqueta para encender el cigarrillo.

En la avenida Suba con calle 100 esta tarde hubo un infierno. Mientras lo recuerdo, ya en casa, vuelvo a la crueldad del Spotify y nuevamente aparece la 7 de Beethoven y me asomo a la ventana para ver oscurecer con neblina y con lluvia y con la silueta de un gato mediano que no alcanzo a ver del todo, pero que cruza la acera tranquilo, como un ladrón a quien ya no sigue nadie.

TIEMPOS VIOLENTOS

Octubre
Noche/Noche
2016

Y entonces recordé el río. A veces el agua cambia de forma y de camino y una lluvia se puede convertir en un lago, en un mar o en un río. Hay días en que tenemos ese poder de acomodar las formas del mundo a nuestra conveniencia y volverlas más nuestras. Y aunque sea una lástima que esos días sean pocos, hay que celebrar que por lo menos existen.

Por eso recordé el río viendo llover cuatro minutos desde la ventana.

El río era un destino, un lugar a donde llegar, casi una casa. Desde que corrí la cortina de la ventana recordé que a catorce kilómetros del pueblo, a veinticinco o treinta minutos caminando, estaba el río. Las primeras veces me aventuré a visitarlo solo. No sé cuántas veces fui solo al río, pero lo que sí recuerdo es el asombro. De muy niño, por una razón que todavía no entiendo, le tenía miedo al agua. Incluso, cuando había alguna tormenta en la noche, me tapaba con las sábanas para protegerme. Y me protegía.

Cuando uno es niño fácilmente logra que el mundo se acomode a uno y no lo contrario. Lo contrario se va dando a medida que vamos creciendo, y nos acomodamos al mundo y muchas veces terminamos siendo su sombra, vistiendo sus trajes forzados para no ser expulsados.

La primera vez que llegué al río, su presencia me entró por los oídos. A medida que me iba acercando, lo oía cada vez más claramente. Y lo mejor: que ese sonido olía. Era un aroma a hierba, a piedra mezclada con barro, en suma, a la vida en su más perfecta expresión. Otra cosa fue llegar y ver el río.

Recuerdo que me asomé después de seguir un camino rural muy angosto y al terminar un pequeño bosque, lo miré. Me quedé exhausto. Mientras miraba el río sentí mis venas, los poros, la piel. Por el río supe que tenía pies, y manos. Por el río supe que no sabía muchas cosas. Por el río supe que el frío tiene presencia física, que es un árbol, una hoja, un tronco o una oreja.

Hoy, al mirar llover desde la ventana, recordé al río. Pero el río no está, ha muerto un poco. Y yo, he muerto recordando al río y los dos hemos muerto al mismo tiempo y somos, el río y yo, dos moribundos que casi no respiran.

*Abril
Madrugada/Corta
2016*

Ahora le perdí el rastro. Desde hace unas semanas no sé nada de ella y no creo que su voluntad le dé para aparecerse de nuevo y pronto. Mientras tanto, el frío acecha. Mientras tanto, cae una llovizna de vez en cuando. A veces el recuerdo de sus manos me regresa a la noche en que nos vimos a la salida del Café Karú y luego nos fuimos a tomar una cerveza.

Pero los recuerdos así son demasiado leves, demasiado fugaces. Cuando sucede, ese trance del recuerdo dura máximo siete segundos y después se borra y la cabeza se me ocupa en otros asuntos. Una cerveza cualquiera, ya sea que esté en un bar o en una vitrina, me recuerda la que nos tomamos esa noche en el centro. Unas manos cualquiera, ya sean las del muerto de ayer en la tarde cerca de la calle 26 o las de la mujer de la silla azul del TransMilenio de hace casi un año, me recuerdan sus manos.

El problema se presenta cuando he intentado recordarla completa, con voz, vestimentas, zapatos y gestos. Eso no se ha dado nunca, hasta ahora.

EPÍSTOLA PISTOLA

*Enero
Tarde/Sol
2016*

Querida y recordada M:

Hace quince minutos vino el sol a esta cuadra, y se fue hace cinco. Durante años he mantenido una pelea casada con el sol, pero justo ahora le descubrí una generosidad que antes no le había reconocido. Se trata de las imágenes; no las del sol en sí mismo (que me siguen pareciendo detestables y hasta cegadoras), sino de las que ese sol propone al cambiar de aspecto a las cosas que se les echa encima. Por ejemplo: en este Café hay una especie de archivador en la esquina derecha lleno de papeles amarillos y nunca antes le vi una gracia mínima hasta que el sol de hace un momento lo arropó.

Realmente no sé cuál era exactamente la gracia del archivador huérfano, ni qué rasgos la determinaban. Lo que sí sé es que, contrario a su actitud moribunda de los casi dos años que ha permanecido en ese sitio, aburrido y lleno de mal genio, gracias al sol viajero de hace unos minutos, recobró la vida y volvió a vibrar como un violín abandonado durante años al que alguien de repente le toca las cuerdas.

Pero eso no solo le pasó al pobre archivador. También a las puertas de madera, a las escaleras, al piso recién encerado y a la casa vecina. Te menciono lo anterior porque era lo que alcanzaba a ver desde la perspectiva que me permitía mi lugar en el Café. Fue una cosa mágica: el sol se fue acercando lento, como cuando enciende una vela y va alumbrando más y más a medida que la llama toma cuerpo y fuerza. Así, el sol fue abrazando a cada una de las partes de tal manera que las fue dotando de un brillo y de una especie de melancolía maravillosa que las sacó del conjunto de las presencias elementales para volverlas trascendentales.

Lo injusto de todo esto es que nadie más se dio cuenta del milagro, a pesar de la cantidad de gente que había conmigo en el Café. Ellos (dos mujeres jóvenes, tres chicos, cuatro hombres adultos y una niña de no más de diecisiete), seguían pegados a las pantallas de sus computadoras o de sus celulares, como zombis, como autómatas, cumpliendo monstruosa y mecánicamente sus tareas.

El contraste entre la vitalidad de las partes de la vieja casa de la Candelaria en donde funciona el Café después de que el sol se les puso encima y el halo mortuario de mis compañeros de la tarde, fue muy triste, y muy interesante. La belleza les pasó a dos centímetros de la nariz y no se dieron cuenta; la poesía les gritó su mejor verso y no lo oyeron. Ahora que el sol se fue y que el Café volvió a ser la tumba que ha sido desde que lo visité por primera vez hace cuatro años, veo a mis compañeros de la tarde y el paisaje es muy coherente: diez cadáveres en una tumba a su medida, holgados, cómodos, algunos incluso sonriendo. Desde aquí los estoy observando. Son como muñequitos inmóviles en la repisa de una habitación de una niña que los dejó ordenados en sus sitios porque se cansó de jugar con ellos.

Menos mal, yo no soy uno de esos muñecos. Yo fui el único testigo de esa belleza grande que aunque duró poco, estuvo. Creo que algo parecido me pasa con vos: desde que te vi por primera vez y las pocas que te he visto últimamente (más o menos haciendo cuentas dos veces por año, o tres, injusta y dolorosamente), cada vez que te miro me doy cuenta del efecto que causas en las cosas a tu alrededor, cómo las llenas de vida, de brillo, de color. Así como ese sol que estuvo acá por unos minutos y resucitó de manera contundente a tantas presencias muertas.

Te piensa largamente y te recuerda,

J.

LIBROS ARRUGADOS

*Julio
Noche/Bolaño
2016*

Lo peor que me puede pasar es que un libro se me arrugue. Lo natural es que se arruguen las personas, pero no los libros. Para mí la piel humana es mucho menos importante que las hojas de un libro bien escritas. Por eso, ver pasar a una persona arrugada no me causa ninguna sensación importante, pero mirar cómo se ha arrugado el libro que metí en la maleta sí que me destrozó completo. No me ha pasado muchas veces pero el 12 de julio de este año, fue fatal. Preparando el viaje de Pasto a Bogotá metí en el maletín de mano un libro y cuando quise sacarlo para hojearlo mientras esperaba el vuelo, lo encontré mal herido, arrugado, incluso partido la carátula. Quiero confesar que no supe qué hacer cuando lo vi. Aunque la gente en el aeropuerto de Pasto (que valga decirlo, así como está, en obra negra, parece un juguete nuevo y dañado que un niño dejó en su armario sólo para verlo con la impotencia y la resignación de no poder ponerlo a funcionar), no se percató del incidente, yo lo sufrí mucho.

Jamás antes algo invadió mi intimidad con tanta complacencia como los libros. Hasta en mis jornadas sexuales se han metido. Han participado directamente o como testigos oculares, pero allí han estado siempre. El sexo sin los libros es muy soso, muy elemental, muy liviano. Por eso me dolió tanto en el alma que se me haya arrugado ese libro que compré en la pasada Feria del Libro de Bogotá. Aquella vez me fui con el único objetivo de comprar ese libro. Había llovido toda la tarde y yo, sin hacerle caso al frío y al agua, me forré con una chaqueta impermeable, tomé el TransMilenio y salí. El invitado del año a la FILBO era Argentina, pero había escuchado que en el pabellón de ese país, en vez de recrear algo realmente acorde con el evento, habían montado una cancha de fútbol y eso logró que ese lugar me fuera repelente.

Con dos amigos me topé cuando llegué a la Feria: Alejandra, una amiga literata que toma café exageradamente y que estaba terminando su quinto taller literario, y Fernando, un psicólogo que no conoce a Jerome Bruner y que le gusta El Cuarteto de Nos. Los saludé. Hablé con ellos un momento y me despedí. Lo único que yo quería era no encontrarme a nadie conocido para que no me interrumpa la ruta que me llevaría a mi libro. Después de un café en el Oma y dos cigarros mentolados, llegué al stand en donde ofrecían los libros de Anagrama y lo compré. Parecía un bebé sano y recién nacido. Olía intensamente a limpio. Le quité la envoltura, lo miré y empecé a revisarlo con ilusión y con paciencia.

Pero ese libro ya no es igual. Ahora parece un hombre en silla de ruedas o un muñeco de cuerda sin un brazo. Las arrugas y la ruptura de la carátula lo han convertido en alguien desconocido para mí, como una esposa que después de diez años de matrimonio una mañana cualquiera se despierta y ve en su esposo a un extraño.

MADRUGADA

*Mayo
Mañana/Desayuno
2016*

Había una chica hoy esperando el transporte público a las 5:10 de la mañana. Pero no esperaba no más, sino que leía, trascendía. Desde mi lugar en la fila no alcancé a distinguir en qué libro estaba metida y desde su postura con su sombra, contrario a las de las demás personas del lugar, brillaba. Yo sé que una mujer leyendo en el transporte público puede brillar fácilmente, pero ella aún no estaba en el transporte público. Lo estaba esperando, y a pesar de eso, brillaba. Yo siempre he pensado que leer de pie es tan incómodo como escribir de pie. Creo que era Hemingway quien escribía de pie, pero esta mujer era mucho mejor que Hemingway y que cualquiera de sus libros.

Su morral era rojo y su piel trigueña. Su cabello largo la envolvía y la cubría (y de paso también a todos), para protegerla del viento frío que nos entraba de frente. Aquel día yo no cargué libros. No sé por qué no metí uno en la maleta antes de salir de casa. Pero menos mal estaba ella y por esa mañana, al menos, fue mi libro. En cuarenta y cinco minutos, que es lo que dura mi trayecto diario de la casa al trabajo, he podido disfrutar de lecturas y esperé que esa vez no fuera la excepción.

Por lo pronto, lo único seguro era que la chica se iba a subir al mismo autobús. De lo demás no sabía nada. No sabía si se iba a bajar en la primera estación, o en la quinta, o en la sexta. Fue como cuando nos muestran un libro y ni bien empezamos a hojearlo, el dueño no nos quita los ojos de encima como acusándonos de que nos lo vamos a robar y entonces tenemos que devolvérselo de inmediato. Además, ella estaba en otra fila, cosa que me preocupó porque si al entrar al autobús se iba hacia la parte de adelante, no podría verla completamente y tendría que limitarme a leerla por segmentos, sin continuidad, fracturada.

Entonces me cambié de fila. No me importó quedar de último y que hubiera quince personas adelante. Así la tuve más cerca y pude olerla. El olor de esta mujer no tenía aditamentos de ningún tipo. No usaba perfume. Ella olía a ella y eso la fortalecía, la volvía casi una mujer montaña con tierra, verdes y con agua.

Después de más de veinte minutos llegó el autobús. Apresuré un poco el paso, incluso alcancé a empujar a un par de personas que no avanzaban al ritmo de mi afán y por fin entré. La chica empezó el viaje sentada y yo feliz, de pie, a medio metro de ella.

Quise averiguar qué estaba leyendo, pero apenas se sentó en la silla y antes de que pudiera descubrirlo, ella misma guardó el libro en su mochila y yo cerré los ojos para que su imagen tibia me dure aunque sea unos segundos más en la memoria. Me moría por saber aunque sea un detalle más de su lectura, pero tampoco pude saberlo. Sólo la vi ahí, dejándose llevar por el autobús como una hoja arrastrada lentamente por una corriente de agua.

LABERINTOS

*Septiembre
Tarde/Arendt
2016*

Hace unas horas entré a un baño de damas por equivocación. Estaba distraído y entré confiado. Me metí al segundo baño entre la fila de cinco. Cerré la puerta y cuando me disponía a orinar, sentí unos pasos femeninos. Menos mal, cosa que casi nunca hago, esta vez cerré la puerta. Los tacones sonaban lento y avisaban un caminar pausado. Los pasos eran lentos, pero no tranquilizadores. Más bien para mí fue un horror. Yo no supe qué hacer y me quedé allí quieto, casi conteniendo la respiración.

Ella entró justo al tercer baño. Quedamos de vecinos. Las paredes de aluminio que nos separaban dejaban una parte amplia en la parte inferior que me permitía mirarle los zapatos. Después, vi caer sus jeans y luego su tanga negra. Ese día me había puesto unos zapatos adidas negros unisex. Por eso me imagino que cuando la chica los vio pensó que quien estaba ahí no era yo sino otra chica.

Orinó. Escuche el chorro de su orina. Primero sonó leve, corto. En seguida más fuerte, y después perdiendo fuerza, debilitándose hasta quedar en tres o cuatro gotas que cayeron al final, pesadas, tristes. Luego, hizo una llamada. A Jorge le habló. Le dijo que ya todo estaba listo, que le confirmaba la cita. “Bueno, dale. Veámonos a las cinco de la tarde en la estación de TransMilenio de Universidad Nacional. Voy a hacer unas llamadas y arranco. Listo. Allá nos vemos”. Eso dijo y se quedó en silencio un momento. Después llamó a su madre. Que la llamaba para avisarle que en la Universidad le habían dejado un trabajo de un día para otro y que le era imposible ir a dormir a casa. “Má, es en serio. Si quieres llama a Paula y le preguntas”. Eso le decía, pero antes le había enviado un mensaje de voz a Paula por WhatsApp. Los pantalones seguían sostenidos por sus tobillos y en ese momento la tanga negra me pareció más una cuerda delgada que una prenda de ropa interior.

Creo que era ahora o no era nunca. Pensé que Jorge, si interlocutor, un chico al que me imaginaba joven, casi de la edad de ella a quien no le pude poner más de 20 años, le había dado un ultimátum de esos que a veces los hombres ponemos sin medir las consecuencias. Me lo imaginé hablándole, no por teléfono sino personalmente. Me imaginé que en algún día de la semana pasada le dijo: “Mira, yo creo que no podemos alargarlo más. Los dos tenemos ganas y no hemos podido vernos porque no hemos encontrado un lugar para estar tranquilos. Pero ese ya no es un problema. Mis padres se fueron de viaje y el martes tengo la casa sola. Si no lo aprovechamos, no tiene sentido que nos sigamos viendo”.

A ella también me la imaginé. Desde que escuché sus pasos en el baño se me metió en la cabeza que se llamaba Amalia. Y ya como Amalia, ahora pienso que cuando Jorge le dijo lo que le dijo, ella le respondió que iba a ver si podía ir a su casa, pero que no le prometía nada porque su mamá era muy sobreprotectora y no la iba a dejar ir fácil. Por eso, cuando estaba en el baño, le hizo la llamada a su mamá y antes le envió el mensaje a Paula. Creo que tenía voluntad, pero no siempre la voluntad es suficiente para concretar algo. Por eso, creo, Amalia a la voluntad le sumó el gusto, ese gusto, no sólo por Jorge sino también por su manera de comportarse cuando está con ella.

*

El comportamiento de Jorge cuando está con Amalia es particular. Lo primero que hace cuando la ve es temblar. Eso no puede controlarlo, no hace parte de su voluntad, pero lo hace. Entre las cosas que domina, están: lucir la camisa blanca que según él es la que mejor le queda entre todas, hablar de forma más delicada y menos directa, caminar menos apresurado y darle regalos. Siempre que la ve le da un regalo. La primera vez que la vio le dio una pequeña agenda que compró en una tienda de la Candelaria frente al CAI del Rosario. Se aventuró. No sabía si a Amalia le gustaban las agendas, pero aun así la compró y se la regaló. Ni siquiera necesitó un papel de regalo. La agenda tenía estampada una pintura de Frida Kalho y creyó que era un buen tema. La escogió entre otras tres que había en la tienda. Las otras dos tenían otras figuras estampadas: una la de un colibrí y la otra la de una mariposa. Pero Jorge prefirió la de Frida.

SERENDIPIA

*Octubre
Tarde/Lluvia
2016*

Me dijo que el sábado iba a mi apartamento, que la idea de las cervezas le encantaba, que compre las películas en el Palacio de la Piratería, en la calle 18 con carrera séptima, y que por la comida no me preocupe, que su panza estaba más que acostumbrada a las hamburguesas, incluidas las de barrio. Eso me lo dijo el jueves mientras nos tomábamos un café en el Moritz, en el centro de Bogotá. Bueno, realmente nos tomamos tres cafés cada uno. Nos encontramos en el centro, entramos a la iglesia de San Francisco a ver a un cristo de diez centímetros de altura al que, según dicen, inexplicablemente le crece el pelo y bajamos hasta el Moritz.

La cotidianidad me la puso enfrente, me la presentó, y aunque esa misma cotidianidad me la alejó muchas veces obligándome a comunicarme con ella sólo por teléfono, de alguna forma habrá que agradecerle. Ella se llama Paula, tiene un técnico en diseño gráfico, piernas largas y una sonrisa que todavía, mientras escribo esto, pelea cuerpo a cuerpo con el Sandre van Lullaby de Sixto Rodríguez que hace temblar a la mesa, al café de la mesa y a mí completo.

El lunes 7 de noviembre le hablé por teléfono. Quería darle la mala noticia de la muerte de Leonard Cohen, y comentarle que ya teníamos un motivo más para celebrar. Ella me dijo que le sonaba el nombre, pero que no tenía muy presente sus canciones. Esa fue su manera de reafirmar la cita, de avalar, no sólo mi gusto musical sino la jornada del sábado.

El martes salí en la noche a una tienda cerca a casa a comprar un shampoo para el pelo, y cuando me lo pasaron, vi que tenía adherido con cinta transparente un paquete pequeño de protectores diarios femeninos. Entonces le escribí a Paula. Le dije que le tenía un regalo adicional a los que ya tenía listos y le envié una foto del paquete de

protectores. Sólo dos días después me escribió. Me decía que cómo se me ocurría regalarle eso, que estaba loco. Yo le respondí que no me parecía nada mal, que incluso lo entendía como un acto de responsabilidad por si se presentaba un accidente. De todas maneras, después del comentario, seguimos hablando de otras cosas.

El viernes me levanté temprano y me puse a limpiar el baño: ochenta cerámicas de treinta por treinta centímetros, quince azules y las demás blancas, la taza, el espejo, la ventana y la puerta. Mientras lo hacía me tomé 7 cafés, me comí dos pasteles de pollo, dos manzanas, escuché a Vivaldi, a Portishead y a Cœur de Pirate, contesté quince llamadas y me asomé cuatro veces por la ventana.

Después de la tarea de asear el baño, retomé el ensayo La potencia discreta de lo cotidiano, del filósofo francés Bruce Bégout. Allí, decía que la vida cotidiana no es un simple estado de cosas claro y transparente: esa presencia masiva, repetitiva, omnipresente de la satisfacción de las necesidades elementales a través del sesgo de actividades comunes (comer, trabajar, dormir, vestirse, etc.).

Yo había pensado en la cotidianidad en el sentido de que fue ella la que me presentó a Paula, que me la puso enfrente, pero poniéndome un poco a tono con Bégout, quise revisar, no la cotidianidad, sino la mía y encontré algunas cosas.

Ese viernes, ya en la noche, Paula me escribió un mensaje en el que me decía que no iba a poder asistir a la cita del sábado. Yo no pedí explicaciones y cerré entre ella y yo la puerta con llave.

Así se fue a la mierda el sábado con Paula, pero no las cervezas, ni las películas, ni la piel, ni siquiera el sexo y la noche, ni el amanecer del domingo porque cuando menos pensé, apareció Lucía, la prima tercera de una amiga de la Universidad con quien me encontré el viernes en la noche. Las dos estaban en La Galería, el bar de la calle diecinueve con carrera quinta. Hablamos, nos divertimos, nos tomamos unos cócteles y después de cinco horas y trece minutos, Lucía se animó a ir a mi casa. Entonces el

plan siguió su rumbo como si no hubiera pasado nada. El paraíso sólo cambió de nombre.

Lucía no me había dicho que iba a casa el sábado, pero fue. De Paula no he vuelto a saber. Los regalos que le tenía a Paula, incluido el pequeño paquete de protectores, se los llevó Lucía. Y si Lucía no hubiera aparecido, igual. Todo lo que viví gracias a la expectativa del encuentro con Paula valió la pena.

Cuando fui a buscar las películas para verlas con Paula me decidí por dos. Las escogí por la carátula, sin saber de qué trataban. Ese es un juego que me gusta. Así, descubrí *L'Avenir*, escrita y dirigida por Mia Hansen-Løve y protagonizada por Isabelle Huppert, una película que muestra la profundidad de lo simple en la vida de una mujer madura que se enfrenta a la soledad, y *Sieranevada*, de Cristi Puiu, retrato de una familia que vive en un espacio reducido y espera celebrar en medio del hambre el recuerdo de un difunto.

Lo que encontré sobre mi cotidianidad es que no la cambio por nada, que ella es, en sí misma, una extensión mía, un terreno fértil en el que crecen muchos mundos por minuto y que, menos mal, me incluye siempre en sus planes, ya sea para ver muertos, flores, cielos, tetas, parques, o todo eso junto.

Lo que vi las cuatro veces que me asomé a la ventana cuando estaba aseando el baño, cosa que no habría hecho nunca sin la confirmación de Paula a la cita, No lo cuento.

BASTA

*Junio
Noche/Gould
2016*

Basta. Paren de matar, hijos de puta. Sean quienes sean los culpables, paren ya, no se conviertan en los nuevos verdugos de esta patria que tanto y tanto se ha desangrado durante décadas. Ahora les tocó a los campesinos de Tumaco, pero mañana le puede pasar a cualquiera. Todas las muertes nos duelen, nos golpean duro los corazones y nos vuelven a encerrar otra vez esa cárcel de la violencia de la que buscamos salir en Colombia desde que nacimos.

La pobre Colombia, pese a los acuerdos del gobierno de Juan Manuel Santos con las Farc que ya nos han ahorrado miles de muertos, sigue siendo un cementerio. Qué le vamos a hacer. Las zonas rurales se están convirtiendo en cementerios; las ciudades se están convirtiendo en cementerios; las calles de las ciudades, los parques, las bancas de los parques, las salas de las casas y las casas completas se están convirtiendo en cementerios.

Por eso, paren de matar ya, hijos de puta. ¿No leyeron a Gabriel García Márquez? Claro que si usaron las armas para asesinar a las personas de esa manera, no creo que hayan leído a García Márquez. Pero se los pongo de esta manera: ¿No se les ocurre que todos los colombianos nos merecemos por fin y para siempre una nueva oportunidad sobre la tierra? ¿Van a seguir asesinando para condenarnos vivir otros cien años de soledad?

Y como creo que no leen, así mismo creo que no piensan, y menos en la soledad de las madres, de los padres, de los hermanos, de los hijos, de los esposos, esposas y demás familiares de las personas que ustedes asesinan. Por lo menos imagínense la

tristeza de los días, las mañanas, las tardes y las noches de ellos, de los familiares de las víctimas, de ahora en adelante.

Hoy, gracias a ustedes, todas las canciones colombianas me suenan a réquiem: los vallenatos, la salsa, los pasillos, los bundes, y sobre todo, los son sureños, esa música propia del departamento de Nariño, que ha sido uno de los más afectados por la violencia y que con la masacre que ustedes han perpetrado en Tumaco sigue manteniéndose en ese ranking.

Ustedes también son culpables que Nariño no haya podido bajarse de ese podio. Y el Estado; y el gobierno.

Históricamente el Estado colombiano, y el gobierno en nombre del Estado, ha usado la estrategia de convertir en ilegales las protestas vinculándolas con infiltraciones por parte de grupos armados el margen de la ley. ¿Para qué? Pues al vincular las protestas con la ilegalidad (muchas veces sin pruebas, además), las fuerzas militares se autorizan a reventar a los manifestantes. Ese es el asunto. Y casos así hay, y muchos.

Debo decir que no le creo a la justicia colombiana. Y cuando el presidente Santos dice que van a investigar los hechos ocurridos en Tumaco, lo escucho diciendo: “este será un nuevo caso de impunidad, señores”. Porque, con el presidente de la Corte Suprema de Justicia en la cárcel y con el fiscal anticorrupción de la Fiscalía también en la cárcel, ¿cómo podemos creer en la justicia?

No nos crean idiotas.

Por eso, a quienes hayan sido los autores de la masacre, les digo: Basta. Paren de matar ya, hijos de puta. De una puta vez, paren.

MARTES

Marzo
Mañana/Budweiser
2016

Mariana viajó a New York el 28 de noviembre de 2107 a las 11 de la noche en el vuelo AV20 de Avianca, en la silla 7E, y yo me quedé con la tristeza en el centro de Bogotá, dando vueltas por las calles, buscando libros en la Plazoleta del Rosario, tomándome sin ganas un café en el Tostao frente a la estación Las Aguas de TransMilenio, moviéndome como por inercia, como porque sí, como un muñeco de cuerda que cambia de dirección sin razón y sin sentido. Cuando eso me pasa, cuando lo que quiero se va de repente y miro alrededor y me quedo solo en este caos de la ciudad, me duele todo, pero particularmente, el estómago. Es una señal: el dolor de estómago se me ha convertido en algo más que un simple dolor de estómago y ni bien me llega por tristeza, poco a poco empieza a convertírseme en un dolor de todo, de las piernas, de la carne, de la cabeza, y sobre todo de algo por allá dentro que no sé qué es pero que duele muy feo y muy profundo.

Creo que es algo parecido a lo que he escuchado que alguien siente cuando tiene a la muerte cerca, eso de que la vida se le va presentando en imágenes que van pasando rápido, como si fuera un álbum de fotos, sin darnos la posibilidad de detenernos en una especialmente.

Que el amor era una cosa rara, me habían dicho mis amigos en muchas ocasiones, y cuando me lo contaban, juntos o por separado, nunca pude imaginar siquiera una mínima parte de lo que eso era realmente. Sólo ahora que me pasa intento comprenderlo, retomando episodios, cazando imágenes, sonidos, visiones, sentimientos.

La mañana del 27 de noviembre, Mariana fue al salón de belleza a hacerse unos arreglos para estar lista para el viaje y aunque quise acompañarla, no pude. Entonces me enviaba fotos a medida que iban avanzando en el proceso. Primero me envió una de las uñas de las manos, después una del cabello, luego una de sus piernas, y por último una de ella en la que aparecía de cuerpo entero. Estaba bellísima, pero su belleza definitivamente no era el resultado de esos arreglos. La belleza de Mariana ya estaba dentro de ella, creciendo siempre minuto a minuto, aumentándose.

Lo que más extraño cuando la persona que amo se va, no es lo visible, sino lo profundo, lo que a fin de cuentas sustenta al amor verdadero: la pasión, las ganas de vivir, el ánimo. Así, lo que yo extrañaba anticipadamente desde que supe del viaje de Mariana, no lo puedo decir, no se los puedo traducir en palabras. Pero el reto siempre está en intentar decir lo indecible, en nombrar lo innombrable. Por eso, la noche del 27 de noviembre, escribí en mis diarios los que sentía, lo que me pasaba. “Bogotá sin vos, no será la misma. Ni siquiera será, creo yo, sin tus ojos por ahí, alumbrándola como la alumbras, o construyéndola cuando caminas, o cuando vas elevándote sobre los cerros y los edificios hasta volverte nube, sol, estrellita grande y poderosa. Tu ausencia es un golpe de frío que ya se siente en mi cuerpo junto a las esquinas, junto a los árboles y a los verdes de los árboles que desde ya apenas pueden llegar difícilmente sólo a sombras. Mañana ni el café será lo mismo. Pero cada café, y cada puerta de cada casa de esta ciudad que queda huérfana, y cada palabra de cada libro que cargue día a día, serás vos, viviéndome, existiéndome. Cada paso que dé será un tránsito por tu cuerpo, por el mapa de tu cuerpo que me guía y me conduce al paraíso más paraíso de todos los paraísos. Y tu corazón, que tengo acá desde hace tiempo, será mi alimento y la habitación en donde puedo ser y prolongarme mientras estás distante de este cielo pálido y adormecido.

Ese martes de mañana, con su carita de tiquete aéreo a Nueva York, será difícil para mí, como un jugo de lulo, así de amargo y mal y repugnante. Pero este amor de los dos, ya grandecito, me ayudará a soportar los días pesados hasta que regreses. Ya sabes que mi piel es tuya, que mis manos son tuyas, que mi mirada que te sigue locamente por todas partes, es tuya, y que hasta mis zapatos, con todo y pies y caminatas, son tuyos, para siempre, amor, hasta que muera. Con todo, no dejes de contarme cómo son tus días en el país del norte, a qué sabe el café allá, a qué las

mañanas, las tardes y las noches. No dejes de hablarme de las formas de las paredes de allá, de la soledad de las ventanas, del ruido de los corazones. Bogotá, sin vos, no será la misma, amor. Este pedazo del mundo ni siquiera podrá ser una ciudad, y yo, con el recuerdo de tus besos más que nunca abrigaré a mi corazón mientras te espero, mientras lidio con este mar de gentes extraviado, con este reloj que muere y nace al lado mío y con la música de los huesos temblando”, escribí, y me acosté sin ganas, y me quité la ropa sin ganas, y escuché a Armstrong sin ganas, y comí salchichas enlatadas sin ganas, y me dormí.

CHRISTMAS

*Diciembre
Noche/Suba
2017*

Cuando la tristeza nos abraza nos volvemos detallistas. No sé por qué pasa eso. Es como si se nos disparara un chip que tenemos dentro, como si algo que no sabemos qué es nos lo disparara y nosotros, inocentes, subordinados, obedientes y débiles, nos resignáramos a enfrentar la situación.

Cuando bajé a fumar, me di cuenta de la puerta de la casa 20. Cuando estoy triste me parecen importantes hasta las puertas. Seguramente el arreglo navideño estaba pegado allí hacía algún tiempo, pero yo apenas lo descubrí en ese momento. Era un arreglo raro, o por lo menos para mí, que no me gusta la Navidad: un muñeco de nieve con gorro y con bufanda hecho en felpa junto a un reno con el mensaje *Let it snow*.

Al otro lado, en la casa 18, cuando apenas le había dado un par de fumadas al cigarro, apareció la vecina Nélide, apagó las luces de un venado hecho en alambre que tenía en el antejardín junto a cuatro pinos enanos. Ahí, a tres metros de ella, alcancé a ver al venado, primero con las luces y luego apagado, sólo en su versión esquelética llena de cables y de bombillas pequeñas. Esa imagen me pareció importante para pensar en eso que me sucede cuando estoy triste y no descarté la idea de que cuando me llega la tristeza me convierto en un venado como el de la vecina Nélide que una vez apagadas sus luces se reduce a un elemento más del decorado de la ciudad, pero casi invisible, sin gracia, opaco, perdido entre las otras presencias de la noche.

Al regresar a mi habitación, también me empecé a fijar en el entorno más de lo debido y me enteré de cosas que había olvidado que tenía. Entre ellas, tres kilos de yerba mate Canarita traídos de Montevideo, una cerveza artesanal marca Suarez (así, sin

tilde), llena de polvo y sin destapar, un separador para lectura de la obra *El Encargado* con la imagen de Harold Pinter y una edición de *Adiós a mamá*, de Reinaldo Arenas publicada en 1995 por la editorial Áltera de Barcelona con prólogo de Mario Vargas Llosa.

Sólo entonces recordé ese cuento: *Adiós a mamá*. Un cuento de una fuerza incontenible en donde Arenas, entre otras cosas, pone a hablar a los gusanos y a las ratas dotándolos de un discurso tan portentoso y eficaz que emociona. Pero lo que más me causó escalofrío fue encontrar, en esa búsqueda involuntaria, cabellos de Mariana. Empecé a encontrarlos en todos los lugares: en las almohadas, en las sábanas, en la frazada, en el piso.

Me quedé mirándolos un rato largo. Luego tomé uno y lo tuve entre las yemas de los dedos durante unos minutos y sentí su peso, su frío quemante, su presencia agigantada. Después apagué la luz de la habitación y me quedé con los ojos abiertos. Los sonidos de la calle entraban nítidos. Voces, canciones lejanas, ruidos de autos. Las luces de los autos también se metían a mi habitación, como relámpagos. Entraban, alumbraban toda la habitación y en cuestión de segundos volvían a desaparecer dejándome otra vez a oscuras.

Como soy pésimo para el inglés, quise averiguar qué significaba la frase del adorno navideño de la casa 20 y lo busqué en internet. *Let it snow* significa "Deja que nieve" y quise creer que también esa frase podía ser una metáfora de la tristeza. Dejar que nieve, asumir que hay nieve acá en Bogotá, aunque no haya, saber que viene el frío revestido de un blanco fúnebre, que hay olor en el blanco fúnebre de la nieve y no atinar sino a quedarse quieto, inservible, convertido en un pobre testigo de la tragedia.

Hace quince minutos vino el sol a esta cuadra, y se fue hace cinco. Durante años he mantenido una pelea casada con el sol, pero justo ahora le descubrí una generosidad que antes no le había reconocido. Se trata de las imágenes; no las del sol en sí mismo (que me siguen pareciendo detestables y hasta cegadoras), sino de las que ese sol propone al cambiar de aspecto a las cosas a las que se les echa encima. Por ejemplo: en este Café hay una especie de archivador en la esquina derecha lleno de papeles amarillos y nunca antes le vi una gracia mínima hasta que el sol de hace un momento lo arropó.

Realmente no sé cuál era exactamente la gracia del archivador huérfano, ni qué rasgos la determinaban. Lo que sí sé es que, contrario a su actitud moribunda de los casi dos años que ha permanecido en ese sitio, aburrido y lleno de mal genio, gracias al sol viajero de hace unos minutos, recobró la vida y volvió a vibrar como un violín abandonado durante años al que alguien de repente le toca las cuerdas.

Pero eso no solo le pasó al pobre archivador. También a las puertas de madera, a las escaleras, al piso recién encerado y a la casa vecina. Menciono lo anterior porque era lo que alcanzaba a ver desde la perspectiva que me permitía mi lugar en el Café. Fue una cosa mágica: el sol se fue acercando lento, como cuando se enciende una vela y va a alumbrando más y más a medida que la llama toma cuerpo y fuerza. El sol fue abrazando a cada una de las partes de tal manera que las fue dotando de un brillo y de una especie de melancolía maravillosa que las sacó del conjunto de las presencias elementales para volverlas trascendentales.

Nadie más se dio cuenta del milagro, a pesar de la cantidad de gente que había conmigo en el Café. Ellos (dos mujeres jóvenes, tres chicos, cuatro hombres adultos y una niña de no más de diecisiete), seguían pegados a las pantallas de sus computadoras o de sus celulares, como zombis, como autómatas, cumpliendo monstruosa y mecánicamente sus tareas.

El contraste entre la vitalidad de las partes de la vieja casa de la Candelaria en donde funciona el Café después de que el sol se les puso encima y el halo mortuario de mis compañeros de la tarde, fue muy grande, y muy interesante. La belleza les pasó a dos centímetros de la nariz y no se dieron cuenta; la poesía les gritó su mejor verso y no lo oyeron. Ahora que el sol se fue y que el Café volvió a ser la tumba que ha sido desde que lo visité por primera vez hace cuatro años, veo a mis compañeros de la tarde y el paisaje es colombianamente muy coherente: diez cadáveres en una tumba a su medida, holgados, cómodos, algunos incluso sonriendo. Desde aquí los estoy observando. Son como muñequitos inmóviles en la repisa de una habitación de una niña que los dejó ordenados en sus sitios porque se cansó de jugar con ellos.

Menos mal, yo no soy uno de esos muñecos. Yo fui el único testigo de esa belleza grande que aunque duró poco, estuvo. Creo que algo parecido me pasa con Verónica: desde que la vi por primera vez y las pocas que la he visto últimamente (más o menos haciendo cuentas dos veces por año, o tres, injusta y dolorosamente), cada vez que la miro me doy cuenta del efecto que causa en las cosas a su alrededor, cómo las llena de vida, de brillo, de color. Así como ese sol que estuvo acá por unos minutos y resucitó de manera contundente a tantas presencias muertas.

POSTSCRIPTUM

El habitar se da a partir de la conciencia de la muerte (Cementerio), de la de un encarcelamiento por la irrupción de construcciones infraestructurales que se oponen a la naturaleza (Cemento), y/o del de la pérdida de la existencia (Semen). Pero esa concienciación, no es voluntaria, no tenemos dominio de ella. Por eso el habitar es un estado que no puede ser convocado y más bien es uno que nos abraza sin pedirnos permiso. Y es dentro de esas concienciaciones que la escritura permite visibilizar los estados de habitabilidad del sujeto.

Esta aproximación a la reflexión sobre habitar la ciudad de Bogotá, es sólo eso: una aproximación. No pretende ni pretenderá ir más allá. El interés de este abordaje estuvo basado en una preocupación personal y espero que, más que proponer una respuesta, genere preguntas, muchas preguntas sobre lo que significa habitar nuestras ciudades latinoamericanas en la actualidad. Si al leer el resultado, este se le mete en el corazón a una sola persona (es decir, le genera algunas preguntas), quedaré satisfecho.

BIBLIOGRAFÍA Y CIBERGRAFÍA

- Baeza, M. A. (s.f.). El concepto de imaginarios sociales. Recuperado el 16 de julio de 2018, de Manuel Antonio Baeza: http://www.manuelantoniobaeza.cl/wp-content/uploads/2017/01/El-concepto-de-imaginarios-sociales-_M.A.Baeza-conferencia_.pdf
- Aprende en línea Universidad de Antioquia. (2011). Recuperado el 16 de julio de 2018, de Universidad de Antioquia: https://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/estudios_de_filosofia/article/view/12639/11397
- Rancière, J. El espectador emancipado. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Baeza. (s.f.). Manuel Antonio Baeza. Recuperado el 18 de julio de 2018, de ---Manuel Antonio Baeza: http://www.manuelantoniobaeza.cl/wp-content/uploads/2017/01/El-concepto-de-imaginarios-sociales-_M.A.Baeza-conferencia_.pdf
- Sontag, S. (2014). Diarios de Madurez 1964-1980. Barcelona: Random House Mondadori.
- Nariño, U. d. (28 de marzo de 2108). Etnoliteratura Universidad de Nariño. Recuperado el 28 de marzo de 2018, de Universidad de Nariño: http://etnoliteratura.udenar.edu.co/?page_id=235
- Valladolid, R. U. (23 de abril de 2016). Revistas Universidad de Valladolid. Recuperado el 15 de marzo de 2018, de Revistas Universidad de Valladolid: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5456295.pdf>
- Rosales, H. R. (2001). Ciencias Humanas y Etnoliteratura Introducción a la teoría de los imaginarios sociales. Pasto, Nariño: Ediciones Universidad de Nariño.
- TOPOFILIA, C. Y. (2003 de 2003). Universidad Complutense de Madrid. Recuperado el 15 de febrero de 2018, de Biblioteca Universidad Complutense de Madrid: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/ghi/ucm-t26725.pdf>
- Berna, N. C. (2013). Hacia una teoría arquitectónica del habitar. Montevideo, Uruguay: Universidad de la República.
- TOPOFILIA, C. Y. (2003). Universidad Complutense de Madrid. Obtenido de Universidad Complutense de Madrid: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/ghi/ucm-t26725.pdf>
- urbana, P. y.-s.-c. (2003). Gazeta de Antropología. Obtenido de Gazeta de Antropología: http://www.ugr.es/~pwlac/G19_17Silvia_Lopez_Rodriguez.html
- Onfray, M. (2016). Cosmos, una ontología materialista. Barcelona, España: Paidós.
- Balderrama, R. (12 de septiembre de 2012). Prezi. Recuperado el 15 de marzo de 2018, de Prezi: <https://prezi.com/6jfrjeonki9e/enfoque-historico-hermeneutico/>
- Feinman, J. P. (5 de abril de 2013). Filosofía aquí y ahora. (G. L., Productor) Recuperado el 9 de julio de 2018, de Filosofía aquí y ahora: <https://www.youtube.com/watch?v=5Z63wkaBl-s>

- Domínguez, C. (7 de abril de 2015). libropatas.com. Recuperado el 2 de julio de 2018, de Librópatas: <http://www.libropatas.com/libros-literatura/por-que-escribir-un-diario-5-escritores-te-convenceran-para-hacerlo/>
- Domínguez, C. (7 de abril de 2015). libropatas.com. Recuperado el 20 de marzo de 2018, de libropatas.com: <http://www.libropatas.com/libros-literatura/por-que-escribir-un-diario-5-escritores-te-convenceran-para-hacerlo/>
- Librópatas.com. (7 de abril de 2105). Librópatas.com. Recuperado el 20 de marzo de 2018, de Librópatas.com: <http://www.libropatas.com/libros-literatura/por-que-escribir-un-diario-5-escritores-te-convenceran-para-hacerlo/>
- Levrero, M. (2013). Irrupciones. Montevideo, Uruguay: Criatura Editora.
- Arguedas, J. M. (1971). El zorro de arriba, el zorro de abajo. Buenos Aires, Argentina: Losada.